

El absurdo, un género de postguerras

JOSÉ LUIS LANASPA

Los años 50 (del siglo pasado: tan cerca y tan lejos) fueron tiempos de reflexión y de cambio en toda Europa y creo que particularmente en España. Después de la guerra civil española (36-39), preámbulo de la segunda guerra mundial (39-45), tragedias que ponen en entredicho la condición humana, una mayoría social, sin perder el miedo del todo, empieza a mirar hacia delante. Y surgen movimientos culturales significativos que eluden los sentimientos de venganza. Curiosamente, uno de esos movimientos es el llamado teatro del absurdo, que algo tiene de examen de conciencia y que se instala en París con obras que llegan a ser incluso citas turísticas. Es el caso de La cantante calva, de Eugéne Ionesco, de origen rumano, que se estrenó en 1950. Dos años más tarde se estrenó en el Teatro Español de Madrid la comedia que a mi juicio encabeza aquel movimiento cultural,

TEATRO

Tres sombreros de copa, de Miguel Mihura, que la escribió en 1932, aunque los directores y empresarios teatrales tardaron veinte años en entenderla y decidirse. Las obras de los dos autores citados no sólo te animan a reír; son también una manera de entender la paz, de convivir con buen sentido y sin darse importancia en un mundo raro y a veces perverso en el que detrás de las palabras, en el mejor de los casos, no suele haber nada.

Melocotón en almíbar

Un siglo de vida hubiera cumplido este año Miguel Mihura. Esperemos que en

Madrid y en toda España se recuerde y se reconozca a aquel genio del humor que se pasó la vida algo enclenque para, según propia confesión, evitar la envidia de algunos semejantes con los que no queda otro remedio que cruzarse en la escalera, en el trabajo o en el café.

De momento, además de Ninette y un señor de Murcia, que vuelve al cine con Garcí, se ha recuperado en el escenario del Teatro Príncipe Gran Vía Melocotón en almíbar. Cinco atracadores sin suficiente maldad ni oficio se tropiezan con una monjita deductiva y angelical que con la mejor intención no deja de pisarles los callos a semejantes malhechores. Ojalá que en las calles y en algunos despachos no los hubiera peores. Y que la policía fuese tan eficaz como sor María. Una vez más, el autor nos acerca a un mundo convencional lleno de trampas y a la posible esperanza que termina en melancolía.

Mingote, otro genio por las calles de Madrid y que fue amigo de Mihura, ha definido a éste, antes que nada, como poeta y sólo como altísimo poeta — dice— pudo elevar su humor a la altura en que se encuentra.

Uno de los atractivos del teatro de Mihura es el de sus mujeres, desde la bella Dorotea a Paula, Florita o Ninette. En este Melocotón en almíbar es Ana María Vidal la que interpreta con gran acierto a la monja detective, una de esas mujeres que no se olvidan. Colaboran también a su altura Elvira Travesí, Luis Perezagua, Julián Navarro, Crismar López, José Luis Alonso y José Carabias. Y la dirección inteligente de Mara Recatero.

Y para terminar, un deseo: que en este aniversario del nacimiento de Miguel Mihura, podamos volver a ver en los escenarios de Madrid al menos Tres sombreros de copa y Sublime decisión, la decisión de aquella guapa e inteligente chica que tuvo el valor de ser la primera mujer que trabajó en una oficina rodeada de "importantes" y escandalizados caballeros.

La cantante calva

Lo advirtió el autor: que el contexto inglés de la obra —salón, chimenea, sofá, zapatillas, etc.— era meramente incidental. Lo que pasa es que Ionesco parece ser que estudiaba inglés en Londres cuando

escribió sobre esta cantante calva que, por cierto, no es calva, ni canta, ni aparece por el escenario. Así de absurdo le parece al autor el mundo, un mundo que suele esconderse detrás del lenguaje, palabras y palabras que tampoco se sabe muy bien lo que hay detrás de ellas. Diálogos de besugos que sólo sirven para aislarse en la incompreensión.

Personajes que se muestran incapaces de comunicarse entre sí y que nos recuerdan a algunos de nuestros políticos en el Congreso de los Diputados: el lenguaje como disfraz de la nada.

En esta comedia de Ionesco, La Compañía Yllana ha recuperado este clásico del absurdo que tiene mil maneras de interpretarse y que, en este caso, han acertado plenamente para llevar al espectador comportamientos tan raros y cercanos. Extraordinaria la adaptación y dirección. Entre los intérpretes, Paloma Tabasco, Paco Churruca, Roser Pujol, Carlos Cañas, Carmen Ruiz, David Fernández..., todos ellos a la altura de las circunstancias. Merece la pena reírse y reflexionar un rato con ellos.

Y otras buenas artes

Es el caso de Art, de Yasmina Reza, en el Teatro Fígaro, que vuelve a protagonizar Ricardo Darín. Un cuadro en blanco que hace reflexionar a los tres intérpretes de la obra sobre los valores contemporáneos y sobre la amistad, sobre lo que somos y nos rodea. Con la palabra completa Arte llegó por primera vez a Madrid bajo la dirección de Josep María Flotats, a quien tanto le debemos los aficionados al teatro en España y particularmente los madrileños. Ricardo Darín, Germán Palacios y José Luis Maza son los actuales intérpretes. Y el arte moderno, la picaresca que hay detrás, es la metáfora de lo que nos rodea: una sociedad de consumo a veces metida en coches de lujo y atascada y con los móviles apagados o fuera de cobertura.

Y en el Teatro Reina Victoria, El Diario de Adán y Eva, una historia de vida entrañable sacada de textos de Mark Twain. Con razón, el director Manuel González Gil dice que dedica este espectáculo a la belleza, a la inocencia, a la alegría de estar vivos, al rocío, a la alborada, al canto de las ranas... Es decir, la vida desde el lado bueno, también cierta. Excelente la presencia en el escenario de

Blanca Oteyza y Miguel
Ángel Solá.